

EQUISOFIA

[La equitación del arte y el corazón]



FERNANDO OSORIO

RESPECTO (O EL PERFUME DE LAS FLORES)

«Tendremos cuidado de no inspirar disgusto al joven animal, lo cual le haría perder su gracia afable. Ella es parecida al perfume de las flores que no vuelve cuando se ha desvanecido».

ANTOINE PLUVINEL

Siempre me ha inspirado esta frase del gran maestro francés. Creo que refleja a la perfección el espíritu que debe guiar nuestro día a día ecuestre.

«El perfume de las flores» es un gran símil para expresar esa esencia única que tiene cada caballo, un alma invisible pero real que cuando se destruye es casi imposible recuperar.

Desde esta perspectiva, como comprenderán, la responsabilidad del jinete es enorme ya que es como si a nuestras manos llegara un bloque de una valiosa arcilla que debiéramos modelar con corazón y sabiduría. Si nos equivocamos en su proceso de fabricación habremos destruido algo muy valioso.

El ego mal entendido, el creerse algo, la estúpida necesidad de no querer preguntar, el obstinarse en solucionar los problemas a base de palos o una técnica insuficiente, harán que el perfume único del alma de ese caballo que depende de nosotros se extinga para no volver más.

Hay ciertas palabras que aparecerán con frecuencia a lo largo de estas páginas: humildad, técnica, trabajo, aprendizaje... todas apuntan al mismo sitio y todas comienzan en el mismo lugar: el respeto a un ser vivo e inteligente que en nin-

gún momento es nuestro sirviente o esclavo, sino un compañero con el que pasaremos muchas horas y al que debemos el mejor trato posible ya que –aunque es obvio– a menudo nos olvidamos de que él no ha elegido precisamente un tipo de vida tan alejada de su naturaleza como es el confinamiento en un *box*.

Son muchísimas las reflexiones de grandes y reconocidos caballistas a lo largo de la Historia que hacen referencia al respeto y a un comportamiento correcto y exento de brutalidad:



«Jamás hay que utilizar la violencia para que un caballo perfeccione sus capacidades sino alternar con delicadeza exigencias y recompensas; multiplicar los cumplimientos y reducir los castigos».

ALOIS PODHJASKY




«Hay que hacer del caballo un amigo y no un esclavo; usted verá que es un compañero extraordinario».

NUNO OLIVEIRA




Y así podría seguir hasta el infinito (y más allá) pero creo que como muestra vale un botón y que mi filosofía, o «equisofía», queda reflejada en frases como estas y alguna

más que compartiré con ustedes a lo largo de los próximos capítulos.



Una de las primeras cosas que, como profesor, me gusta inculcar a mis alumnos es el respeto a nuestro compañero de equipo. El caballo, como todo ser vivo, merece ser tratado correctamente en todo momento ya que no somos nadie para inflingirle los daños físicos y morales que muchos ejemplares tienen que sufrir a lo largo de sus vidas.



Es lamentable, vergonzoso y triste ver los métodos que ciertos jinetes (profesionales incluidos) emplean en su día a día. Yo he tenido que compartir pista con estos rufianes durante muchos años y he luchado contra ellos como mejor he podido, tanto en persona como a través de mis escritos.

Pero no solo es lamentable el hecho en sí por su vileza y cobardía, sino que lo que es aún peor es que estos métodos se normalicen gracias –cómo no– a la figura de «profesores» que consienten (e incluso incitan) a jinetes inexpertos a pegar y castigar al caballo por errores o contratiempos que, en el noventa y nueve por ciento de los casos, se producen por «errores de pilotaje». Esto, además de injusto y cruel, genera en los principiantes una total falta de sensibilidad para el día de mañana, y les hace ver el maltrato como algo inocuo, toda una lacra que no solo transforma al caballo en un simple objeto de usar y tirar, sino que perpetúa estas prácticas que se seguirán transmitiendo como una patética herencia a los que vienen detrás en una interminable cadena hasta el infinito.

Crear, por tanto, sensibilidad y respeto hacia el caballo ha sido uno de los objetivos que me han movido desde el principio y, mientras siga enseñando y escribiendo, seguiré haciéndolo con la esperanza de lograr un cambio, por muy pequeño que sea, en los que vienen detrás y en cuyas manos está la posibilidad de superarnos en todos los aspectos y construir poco a poco un futuro mejor.

Creo que la sensibilidad y la empatía son dones con los que se nace. Con la crueldad también, pero el cambio y la transformación personal son posibles y es obligación de padres y educadores esforzarse en transmitir a las nuevas generaciones los valores que deben imperar, no solo en nuestro deporte, sino en la sociedad, porque el perfume de las flores también está en el espíritu de las personas. Debemos tratar por todos los medios que nunca pierda su fragancia en el corazón de los que seguirán nuestros pasos.



Decía en la introducción que el deporte ecuestre debe ser ante todo un arte, y como tal, exige cierta sensibilidad y espíritu de perfección.

La sensibilidad a la que me refiero no apunta solo al lado sentimental o incluso –en un terreno más técnico– a la exclusión de esos métodos brutales con los que algunos tratan a los caballos. Esta sensibilidad, imprescindible en un buen profesional, implica la capacidad del jinete o preparador de interpretar gestos, señales o comportamientos, para poder descifrar el sutil y silencioso lenguaje equino, que no por no

estar compuesto de palabras a nuestra usanza es menos elocuente, válido e importante¹.

Con la práctica y el interés por entender a nuestro compañero, nosotros mismos podremos ir descifrando poco a poco los signos de un lenguaje regido simplemente por las leyes de una psicología básica y el sentido común.



Imagen 1. La capacidad de comunicarnos con los caballos no es exclusiva de los «susurradores de caballos».

Es cierto que los auténticos pioneros como Monty Roberts —ojo con los farsantes— poseen unos conocimientos que lo capacitan para desbravar caballos en cuestión de mi-

1 No me gustaría que cayesen en el error de calificar esta capacidad de comunicación con una habilidad atribuible solo a los profesionales de la doma natural o, como se denomina a algunos de ellos en un tono más romántico, misterioso y hollywoodiense, a los «susurradores de caballos».

nutos, resolver problemas de comportamiento y obrar lo que a ojos profanos parecen auténticos milagros. A estos profesionales podríamos –por decirlo de alguna manera– considerarlos terapeutas equinos, y su trabajo no solo me parece valioso, sino que recomiendo a todo aquel que tenga ocasión que acuda a uno de sus cursos o exhibiciones pues, como dice el refrán, «el saber no ocupa lugar».

No obstante, salvo excepciones, los objetivos que ustedes deben marcarse deben ser más humildes, cercanos al día a día de cada uno y asequibles en todos los aspectos para cualquier aficionado que tenga el interés y la paciencia necesarios para ponerlos en práctica.

Simplemente se trata de ser conscientes de que el caballo, tanto en su fase de desbrave y doma como en las posteriores sesiones de entrenamiento, envía constantes señales al jinete, mensajes que este debería saber interpretar en todo momento y que pueden ser de varios tipos: desde los más obvias (como una reacción de protesta a una ayuda o cualquier síntoma de incomodidad o dolor), a otras más sutiles que se perciben cuando estamos montando y cuya captación dependerá de la experiencia y el grado de sensibilidad de cada uno. Un ejemplo de estas últimas sería saber si el caballo está o no en la mano, si presenta rigidez en cualquiera de los dos lados, si sus pies entran y trabajan adecuadamente, etc.



La capacidad para descifrar lo que el caballo nos expresa en cada tranco llegará con la experiencia. Ahora bien, llegará siempre y cuando nos molestemos diariamente en intentar conseguir este objetivo pues el camino a la maestría solo se alcanza a partir del interés personal y una dedicación plena para conseguir nuestra meta.



Un buen maestro es esencial en nuestra trayectoria deportiva pues es él quien nos tiene que situar en el buen camino. Eso así, ojo al dato: este nunca podrá enseñarnos ciertas cosas que debemos encontrar y experimentar por nosotros mismos.

En el budismo zen –una disciplina en la que el papel del maestro es vital– se deja muy clara esta idea con un dicho que se inculca siempre a los principiantes: «el maestro nos señala la luna, pero no confundamos esta con su dedo». Es decir, nadie va a sudar en nuestro nombre, a lograr nada por nosotros, ni mucho menos a andar un camino que solo a nosotros nos corresponde. Pretender esto sería comparable a padecer un dolor de muelas y esperar que un amigo o familiar vaya al dentista por nosotros. Por mucho que esta persona nos quiera y esté dispuesta a poner de su parte, nunca podrá llevar a cabo tan descabellada misión pues, entre otras cosas, es imposible.

Con la equitación ocurre lo mismo. A través del entrenador jamás podremos sentir el asiento o el correcto apoyo del caballo en su embocadura. Nunca. Ni bajo las órdenes del mejor maestro internacional. Él nos pondrá en el camino, pero será nuestro interés el que lo conseguirá y el que nos permitirá avanzar paso a paso a lo largo de ese maravilloso recorrido que no termina nunca.

Las casas se empiezan por los cimientos. Así como aprendemos las letras antes de comenzar a leer, lo mismo ocurre en la equitación. Hay que ser ordenados y metódicos y dar importancia a esos cimientos que, a la larga, serán los que sustentarán el edificio de nuestro futuro ecuestre.

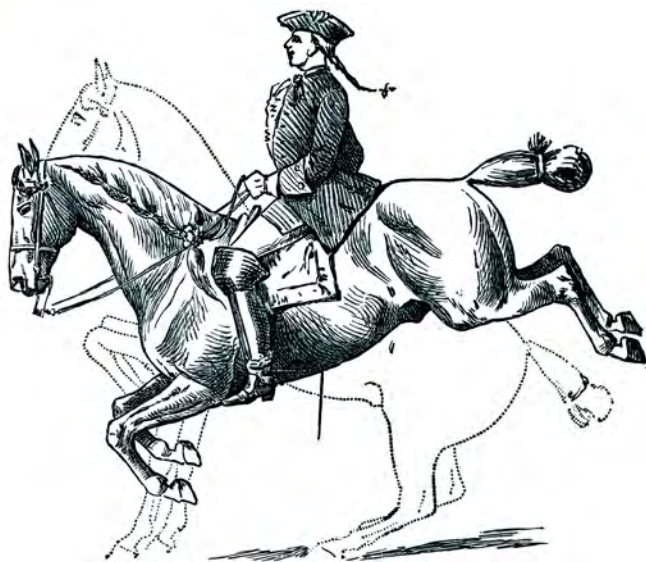


Imagen 2. El arte ecuestre es un largo camino que nadie puede recorrer por nosotros.

El orden y el rigor debieran ser observados desde el primer momento y es por eso por lo que a los nuevos jinetes, desde el primer día y antes de poner el pie en el estribo, debería acostumbrárseles (en una especie de ritual que con el tiempo se ejecuta automáticamente y que yo comparo al chequeo que el piloto realiza en el avión antes de emprender el vuelo) a comprobar que el caballo está en perfectas condiciones para llevar a cabo los ejercicios que van a exigírsele. Una lesión, dolor, dientes en mal estado o una insuficiente musculación pueden hacer que el animal se niegue a realizar un movimiento determinado porque este le cause daño o sufrimiento físico. Esto es muy importante y quiero incidir en ello: tengan siempre en cuenta que un gran número de defensas y protestas están motivadas por lesiones o molestias, a menudo no diagnosticadas, que incapacitan al caballo para poder cumplir nuestras órdenes. No es la primera vez que

veo castigar a uno por un supuesto mal comportamiento que más tarde se demostró haber estado causado por una lesión que no se había detectado. Ante cualquier duda, si nuestros conocimientos no son lo suficientemente extensos, debemos siempre recurrir a profesionales cualificados que sepan identificar las causas de cualquier reacción anormal.



Imagen 3. Antes de montar es imprescindible comprobar que el caballo está en perfecto estado para trabajar.

La revisión del equipo es otra faceta que muchos jinetes olvidan (y a la que el ejemplo del piloto sería perfectamente aplicable). Unas acciones, una cincha o unas riendas defectuosas pueden conducirnos a un grave accidente fácilmente evitable. Engrasar, limpiar y revisar el equipo con regularidad, no solo servirá para que este nos dure mucho más tiempo, sino que nuestra seguridad depende de ello. Obviamente un equipo averiado o mal colocado puede incidir negativa-